

COLÓN<sup>(1)</sup>

## Evocación nocturna

¡Noche inmóvil y tibia...! En mi jardín hay huellas  
de estrellas rutilantes que encienden la laguna,  
¡noche inmóvil de estrellas,  
noche tibia de luna!

¡Noche blanca de cielos,  
noche extensa de océanos!

Aves desconocidas, en rumorosos vuelos,  
surgen de los misterios, piérdense en los arcanos.  
Ceremoniosamente, el mar calla a lo lejos  
su exaltación... A veces, efímeros y graves,  
esplenden los relámpagos en torno, como espejos  
en que grabado hubieran, perfiles, nubes y aves,  
con el mutismo oscuro que hay en los cuadros viejos.

Después, sombra, misterios...  
Decoración extraña que pide una tragedia.

Tres barcos han salido del Viejo Mundo. En ellos,  
hombres de invicta audacia salen de la Edad Media.  
¿A dónde van? ¡Quién sabe! Entréganse a la suerte  
como los Argonautas que eternizó la Historia:  
tal vez allí sucumban en brazos de la Muerte,  
tal vez de allí retornen en brazos de la Gloria.

¡Noche inmóvil de estrellas, noche tibia de luna,  
noche frágil de ensueños;  
noche que en mis jardines en flor evoca una  
leyenda en que florecen fantásticos diseños!

El viento, que es hermano del mar, infla las velas;  
y lentamente avanzan, en la extensión nocturna,  
las toscas carabelas  
que rasgan el misterio del agua taciturna.  
¿No van hacia el abismo? ¿No van contra la ciencia?  
Juan Pérez de Marchena quizás meditaría:  
la ciencia es un sofisma, un soplo, una apariencia,  
la noche suplantando la claridad del día;  
la sujeción al texto sacerdotal, la oscura  
plegaria en el callado retiro del convento,  
la comba azul sin astros, la tierra sin figura,  
el pensamiento esclavo de un mismo pensamiento...

Y avanzan siempre. El puerto, las playas y los montes,  
todo desaparece tras el fatal circuito;  
únicamente ensancha los vastos horizontes  
la austeridad remota que tiene el infinito.  
Los tripulantes callan absortos. El abismo  
apaga el entusiasmo de las conversaciones.  
—«La tierra no es redonda; ha sido un paroxismo  
lo de Colón». Y rugen lo mismo que leones.

Y avanzan siempre. Apenas, de vez en cuando, el lomo  
del mar copia hábilmente, en el vaivén distante,  
fulgores estelares que ondulan en él como  
si destrozado hubiérase alguna estrella errante.  
Los días aparecen en una intermitencia  
prometedora que huye;  
y sólo el mar, el cielo, el mar y la inclemencia  
de un cielo que no acaba, de un mar que no concluye.

Y avanzan siempre. El viento repasa el pentagrama  
de su monotonía  
que cruge en los velámenes con estertor de llama;  
y el mar entona el canto de la melancolía.  
La brújula, lo mismo que un hombre, se impacienta  
y en su locura humana señala nuevos rumbos,  
¿a dónde van? ¿Al vértigo que el agua transparenta  
en el isocronismo violento de sus tumbos?

¡Oh, visionario, cómo reniega de tu nombre  
la turba que ha visto una perfidia en tu convenio!  
Promételes, engáñalos... Perdónalos, que el hombre  
siempre halla incomprensibles el cielo, el mar y el genio.

Empero, un ave cruza la opacidad del cielo  
y cree la fantasía que en la estrechez del pico

sostiene un haz genésico de olivos... Y en su vuelo  
sus alas forman una silueta de abanico.  
Empero, algunas flores de algún vergel cercano  
adornan la aspereza del mar, como si hubiera,  
detrás del horizonte murfíco, una mano  
dándole al mar un suave color de primavera.

Después, una montaña;  
después, el espejismo  
que se deshace en cuanto las latitudes baña  
el sol cuyos fulgores húndense en el abismo;  
después, la intolerancia  
de aquellos hombres tardos, rebeldes, iracundos...

Colón, de pie en la popa, vigila la distancia  
como un pastor de mundos.

Ha dejado un momento de consultar los planos;  
en derredor la noche prende sutiles velos  
oscureciendo océanos  
y oscureciendo cielos.

Todos los tripulantes guardan silencio ahora,  
como un lebre se escucha que duerme la fatiga...  
Una luna expectante la inmensidad decora  
y el propio mar parece que una emoción abriga  
como si presintiera los besos de la aurora.  
Inesperadamente, sobre el confín fulgura  
una fosforescencia;  
Colón quédase inmóvil ante ella. Su figura  
detállase en las sombras con la magnificencia  
ritual de una escultura.

La luz pasa y repasa. Diríase que es una  
pupila con que absorto contempla Dios al hombre  
en unas carabelas sin gloria y sin fortuna,  
flotantes como cáscaras en la altitud sin nombre.  
Colón llama a Gutiérrez.—«¿Véis algo?»—«Una luz brilla».  
Colón vacila y llama  
a Sánchez de Segovia.—«¿Qué véis?»—«Luz amarilla  
que mengua y que se inflama».  
No dicen más. La lumbre desaparece. Una aria  
prolonga el mar. Gutiérrez retorna al puesto en breve;  
tras él, Rodrigo Sánchez... Murmura una plegaria  
el genovés. La luna finge una flor de nieve.

¡Noche inmóvil de estrellas, noche tibia de luna,  
noche frágil de ensueños;  
noche que en mis jardines en flor evoca una  
leyenda en que florecen fantásticos diseños!

Solo, frente al enigma, Colón espera. En tanto,  
las horas van pasando con lentitud, lo mismo  
que si fraternizaran con el aleve encanto  
del mar y con el rudo silencio del abismo:  
recuerda entonces toda su vida... Aquellas horas  
de errar por las naciones sin una voz de aliento;  
las cortes, los jurados, las burlas opresoras  
y al fin un hombre que abre las puertas de un convento.

Y ahora... el derrotero  
ignoto que anonada;  
y ahora, el hermetismo de una extensión. La nada  
que ensancha sus dos alas de pájaro agorero.  
Es un sopor que hiere su espíritu, una angustia  
que estruja sus sentidos, una desesperanza  
que su visión amustia,  
un desfallecimiento que a reprimir no alcanza.

De pronto se estremecen todas las carabelas,  
la noche, el mar, el cielo y el hombre, al estampido  
febril de un cañonazo que rompe las estelas  
con espumoso ruido;  
que rimbombantemente repiten los trascoros,  
los ámbitos, los ecos;  
los ámbitos sonoros,  
perdidos, hondos, secos...

Mas allá de los ámbitos oscuros y sonoros,  
más allá de los ecos.

La Pinta ha hablado: ¡Tierra! ¡Tierra que se descubre!  
¡Tierra! ¡Tierra que llega! ¡Tierra fecunda y grata  
que en la distancia ofrece su milagrosa ubre!  
¡Tierra! ¡Tierra de octubre...!

¡Oh, Visionario, cómo alégrase en tu nombre  
la turba que ha visto una perfidia en tu convenio!  
Recíbelos, acógelos. Protégelos, que el hombre  
siempre halla incomprensible el cielo, el mar y el genio.

A los primeros toques violetas de la aurora  
amánanse las velas... Viva el terror sagrado,

(1) Poema premiado con medalla de oro en el Concurso Literario abierto por la Municipalidad de Limón.